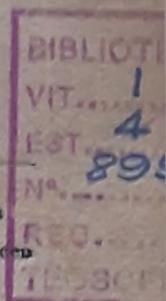


PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea.
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.



EL MATERIALISMO Y EL ESPIRITUALISMO BAJO EL PUNTO DE VISTA TEOSÓFICO

¡entimiento y razón! Dualismo augusto
gloria y dolor del hombre.
¿si es la verdad ¿por qué luchar crucel
mientras la humanidad vaga perdida
náufraga en los oceanos de la vida?

CARLOS ENCINA. *Canto al Arte.*

Representantes de dos opuestas tendencias del pensamiento humano, que este, por un falso concepto, cree imposible armonizar, el Materialismo y el Espiritualismo viven en perpétua y en implacable lucha. Enemigos irreductibles mientras permanecen en el centro de sus propias operaciones, son ineficaces en su acción cuando lo abandonan para llevar el ataque al campo del adversario. Es que, engañado por un verdadero espejismo de la inteligencia, no comprende ninguno de ellos cuanto es de *real* y de *fuerte* la posición que el otro ocupa.

Para el materialista sincero, que contempla la parte de la verdad que directamente cae bajo sus ojos,—*la que toma por el todo*,—el espiritualista no es sino un simple soñador que, por un defecto en la combinación de sus células cerebrales, se ha creado un mundo imaginario, poblado de fantasías; y para el segundo,—*que también tiene la evidencia de su verdad*, pero que, al mismo tiempo, no puede negar la realidad de la de aquél,—se debe despreciar y deprimir á la materia como cosa que carece en sí de importancia y que se opone, además, á los persistentes esfuerzos del alma por elevarse hasta su divino origen.

Sin embargo, tan equivocado está el uno como el otro. Sin el es-

pórita, la materia no podría subsistir, así como condenando á esta á sostenerse en condiciones perjudiciales para ella misma, se impide la conveniente manifestación de aquél en el Universo y se retarda indefinidamente su evolución.

Desgraciadamente, esta lucha que se inició con los albores de la civilización en las pasadas edades históricas, cuando por vez primera se presentó ante la inteligencia humana el grandioso problema de la vida, todavía se mantiene encarnizada á través de los siglos, sostenida por arraigados prejuicios de escuela que impiden á uno y otro combatiente contemplar la Realidad que ante sus ojos se devela en todo instante.

Fiel representante de esta, la Teosofía, la Ciencia por excelencia, la ciencia de los grandes Iniciados, de aquellos cuyos nombres la Humanidad entera pronuncia reverente y se perpetúan en los pueblos como símbolos de la Divinidad encarnada; ciencia cuidadosamente conservada es lo más secreto de los Santuarios, interpretada y transmitida de generación en generación, como depósito sagrado, entre individuos también iniciados en su conocimiento, se presenta hoy entre ambas filas con su rama de oliva mostrándoles la deficiencia de los conceptos que las han obligado á permanecer hostiles.

A la luz de su enseñanza, ó más bien dicho de aquella parte que se pone á nuestro alcance, y libres de todo preconcepto, analicemos con la rapidéz que el momento exige, la interesante cuestión que constituye el tema de este trabajo.

Para ello, veámos primeramente *que es la materia*.

Según la definición oficialmente aceptada, es todo lo que es susceptible de tener una forma; pero, esta definición no puede satisfacer nuestro propósito. Para saber lo que es la materia en sí, necesitamos hacer el trabajo inverso de aquél que la Naturaleza hizo para constituirla, y entonces tenemos que empezar por dividirla y subdividirla hasta llevarla á su última expresión, cosa que, como se comprende, sólo hipotéticamente es posible hacer.

Una vez conseguido ésto, ¿se puede suponer un lente tan poderoso que permita ver cada uno de los residuos obtenidos? No, pues mientras exista una forma, por diminuta, por infinitamente pequeña que sea, siempre habrá la posibilidad de la división, y esta continuaría hasta hacer desaparecer la materia del mundo objetivo. El átomo, entonces, quedaría reducido á lo que verdaderamente es: á una simple ideación de nuestra mente.

Lo expuesto nos demuestra que la materia, en tanto que átomo, deja de ser tal, *desaparece*. Sin embargo, el átomo, eso que no es como substancia física, existe, desde que le sirve de base, pero existe como el cero, que no siendo cantidad dá origen á todas las cantida-

des, como el punto matemático, que teniendo solo vida en nosotros mente, dá nacimiento á todas las formas, á todas las formas; de donde resulta que, lo que denominamos materia, *substancia física real*, está formada por *irrealidades objetivas*, por *inmaterialidades*, que tienen vida como entidades puramente *subjetivas*.

No las transformaciones continuas á que está sujeta, ni lo fugaz de los aspectos bajo los cuales la conocen nuestros sentidos físicos,—ilusión causada por la estructura de los ojos, la imperfección de los otros, y lo escaso y lo limitado de todos,—sino su propia naturaleza, es lo que le dá el carácter transitorio que tiene; lo que no impide, por otra parte, que deba subsistir perpetuamente, mientras dure el Universo, pues á ello la condena el mismo rol que en este está llamada á desempeñar.

Su importancia no puede ponerse en duda, y negarla no es mostrarse justo al cuerpo. Quiera, al considerarla en su propio cuerpo, la deprime, no escucha en él sus naturales y legítimas sollicitaciones, le mira como cosa maliana ó la considera como el enemigo nato de toda aspiración espiritual en el hombre, comete una verdadera infracción contra la ley que lo rige, desde que turba con sus actos la armonía entre los elementos que lo componen.

Esta es una de las tantas razones por las cuales la Teosofía condena la actitud de aquellas personas que, aislándose de la sociedad de sus semejantes, someten sus cuerpos á toda clase de privaciones á fin de alcanzar mejor así la felicidad suprema; y enseña, por el contrario, que es cumpliendo todos sus deberes en sus diversos planos de actuación dentro del mundo en que ha nacido ó en que lo ha colocado su Karma, (1) como cada uno logrará satisfacer los divinos propósitos que á la existencia terrenal le han traído.

Enseñamos á la materia que nos muestra constantemente al Universo y que, en cada uno de sus infinitos detalles ó manifestaciones, nos está revelando á la Divinidad y pensemos que, sin ella, mientras tengamos que permanecer sobre la Tierra, nos sería imposible realizar la evolución de nuestro espíritu.

Ninguna de las obras de la Creación, por ínfima que aparezca á nuestros ojos, puede ser susceptible del desprecio ó de la desconsideración de los hombres; seres que, en su inmensa mayoría, se arrastran ciegos todavía por los senderos de la vida, buacando con sus imperfectas antenas y empujados por una secreta intuición, el rumbo que deben seguir.

(1) Ley de causalidad que establece que el hombre recoge en cada existencia lo que siembra en la misma ó en las anteriores, lo que lo hace, hacia cierto punto, héritero de su destino futuro.

Mientras á nuestro alcance esté propender al más pronto desenvolvimiento de cualquiera de ellas, nuestro deber nos exige hacerlo; y, en el caso particular del cuerpo humano, con tanto mayor motivo cuanto todos reconocen la verdad del antiguo axioma latino: «*Mens sana in corpore sano*».

Pero, si con estas reflexiones dámos, en cierto modo, razon á los partidarios de la escuela materialista y aplaudimos así su incansable afán por investigar con prolija minuciosidad á la materia, tratando de encontrar en ella el arcano de la vida, no por eso dejaremos siempre de reprocharles que se dejen seducir de tal manera por la admiración que les produce las maravillas de la Naturaleza física, que no reconozcan en el Kosmos, cegados por esa misma admiración, más que substancia objetiva y fuerzas ciegas moviéndose de una manera tan ordenada y combinándose con una inteligencia tan perfecta que, aún apesar nuestro, la lógica nos lleva á afirmar la imposibilidad de tales cosas sin la presencia en aquél de una Conciencia Suprema.

Es fuera de duda que nuestra ciencia experimental jamás podrá presentar al espíritu en sus retortas, como puede hacerlo con un gas, ni llegará nunca tampoco á mostrarlo con más claridad que lo que lo hace cada uno de los fenómenos que diariamente se encuentran á nuestra vista; pero, ello no puede ofrecerse como argumento sério, y nos llevaría, además, á negar de igual modo la Vida, cuya naturaleza no es posible constatar en los trabajos de laboratorio. Por otra parte, la misma escuela que no reconoce la existencia del espíritu, al reconocer la de la Fuerza se ha encargado de dejar sin efecto tal argumentación. ¿Podría acaso decirnos que es la Fuerza? ¿Alguién la ha visto, la ha palpado, la ha podido pesar, medir, oler, gustar? No; sin embargo, su existencia es real conociéndose de la misma manera que la del espíritu; *por sus efectos*. Pero, ¡los efectos de ella caen bajo el dominio de nuestros sentidos físicos! se nos dirá.--No todos, y los últimos descubrimientos de la ciencia sobre el magnetismo animal,--en la actualidad perfectamente comprobado y no puesto en duda,--sobre los rayos Roentgen, sobre el telégrafo sin hilos, y sobre muchos otros hechos hasta ayer desconocidos y ni siquiera sospechados, han llevado á la misma ciencia á afirmar hoy la posibilidad de la existencia de otras más sutiles sobre las cuales nuestros humanos instrumentos de observación nada nos dicen, *porque nada sienten*.

Y, apesar de todo ello, ¡nos permitimos negar el alma, y consideramos como una vana utopía, como una creación ilusoria de cerebros no bien ponderados, la existencia del espíritu, aunque sintamos, como sucede—*en nosotros*—nó en nuestros cuerpos, los extreme-

microscópicas células de todos los organismos, realizan su manifestación y cumplen sus periódicas revoluciones, obedeciendo á dos opuestas corrientes: las de atracción y repulsión. Sin la luz, la sombra sería imposible. La noche y el día, como el frío y el calor, son condiciones indispensables para que el planeta sea. En el flujo y reflujo de los mares, en los movimientos isócronos del péndulo, en el magnetismo de los polos terrestres, en la formación de los sexos, en los principios activo y pasivo, positivo y negativo de todas las cosas; en todo, y por todas partes donde fijemos nuestra mirada, encontraremos siempre el par de opuestos, combinándose para el cumplimiento de un fin. Los vemos en el hombre y el animal, en los fenómenos de la vigilia y el sueño, de la actividad y el reposo, de la vida y la muerte; en los movimientos del corazón, idénticos á los del péndulo; en las funciones de la respiración, análogas á las de avance y retroceso de las aguas; los hallamos en la planta y en el mineral, y así en el mundo moral como en el intelectual y en el físico. Nada, absolutamente nada; ninguno de los planos de la existencia, ninguna de las cosas, de los seres, de los mundos, escapa á esta ley productora de la fuerza que mantiene el organismo universal.

¿Podría presentarse á nuestra imaginación algo, ya sea una idea, un sentimiento, una aspiración, que no tenga su anverso y su reverso? ¿Cómo concibiríamos el Amor, sin la existencia de su contrario? ¿Cómo buscaríamos la Verdad, sino viviéramos en medio del Error? ¿Cómo amaríamos la Libertad, si la Opresión no nos mantuviera encerrados dentro de la estrecha prisión de los convencionalismos y de las leyes dictadas por la Vanidad humana? ¿Cómo, por último, acariciaríamos la idea de la Fraternidad,—diosa á la que apenas vislumbramos esfumada, allá, detrás de los más lejanos horizontes,—si no viéramos al lado de cada hombre dibujarse la siniestra silueta del tirano más sangriento de la tierra: del Egoísmo?

¿Por qué motivo esta ley, que es la que produce la armonía y que rige *invariablemente* en todos los planos en que el ser se mueve, abarcando en cada uno todo cuanto allí existe, no había de proceder de igual modo al tratarse de la materia? ¿Y por qué verdadero milagro, por qué curiosísimo fenómeno, esta, siendo, como es, un elemento ininteligente, inconsciente en sí mismo, dota al Universo de esa admirable inteligencia que mantiene en todo él el equilibrio y el orden, y á nosotros, hombres, nos dá esa voluntad y esa conciencia que nos permiten realizar nuestros propósitos y juzgar nuestros actos?

¿Acaso es más extravagante, más contrario al buen sentido, reconocer la presencia del espíritu tal como lo muestra la Teosofía,—y

riosos estudios del sabio y del filósofo, y sin embargo, se tacha de fantástico, de soñador, al que, fundado en los mismos hechos que pone á nuestro alcance la Naturaleza, afirma como el inspirado poeta, que *hay algo más que el átomo y la fuerza!*

Así como los dos extremos de una pila son indispensables para la producción de la chispa, así también la existencia de aquellos dos principios es indispensable para que el *Verbum* haya podido ser pronunciado y surgiese el Mundo del seno informe del Abismo!

El Espíritu representa en el Universo el principio activo de la Vida, y la Materia el principio pasivo, cuya unión está admirablemente simbolizada en los triángulos ascendente y descendente que, entrelazados, forman el sello de Salomón reproducido en el emblema adoptado por la Sociedad Teosófica en el cual se encuentran también los mismos principios, circunscritos al hombre, representados por las líneas vertical y horizontal de la Cruz que se dibuja en su centro. Es precisamente éste, el principal simbolismo de esta última figura, hecho propio por el Cristianismo y desfigurado por la religión actual; simbolismo cuyo origen se remonta á las más lejanas edades y se encuentra entre todos los pueblos de la tierra que han tenido una civilización; lo que significa que, el hombre de todas las épocas, encerrando dentro de aquellas líneas los mismos conceptos, ha rendido siempre culto á esa dual expresión de la vida universal.

La Cruz, en su sentido esotérico más elevado, expresa la encarnación de la Conciencia individual, representada por el palo vertical,—signo del principio activo, fecundador y dirigente,—del *Cristos*, el *Ser espiritual* ligado á la materia hacia la que ha bajado,—indicada por el palo horizontal, símbolo del principio pasivo, negativo, de la naturaleza física, femenina,—para realizar la etapa de la evolución humana.

Esos dos aspectos de la Vida Una, Universal, como de las vidas individuales que hacen parte de aquel Océano, podríamos decir que son como los dos extremos de un mismo eje, sin los cuales,—refiriéndonos á la humanidad,—sería imposible la existencia de esa grandiosa espiral que ésta describe en su marcha hacia el progreso; espiral que, en el plano físico, los astros fielmente reproducen con el camino que siguen en su perpétua gira por las regiones del cielo.

Imaginar á la Materia sin el Espíritu, es lo mismo que concebir la Palabra sin el Pensamiento que le dá toda su esencia y su razón de ser. Ambos, pensamiento y palabra, nacen en nuestra mente unidos de una manera tan estrecha, tan íntima, tan indisoluble, que, en realidad, podemos decir que no forman sino una sola y misma cosa, como sucede en efecto, aunque reconozcamos que la naturaleza de cada uno es diametralmente opuesta á la del otro; el pensamiento pertenece

exclusivamente al dominio de lo *subjetivo* mientras que la palabra *solo* vive en el reino de lo *objetivo*.

En el plano humano de nuestra existencia, la última,—que es la *forma*—es indispensable para que aquél se exteriorice y pueda circular en el comercio de los hombres, quienes, encerrados también dentro de la forma, necesitan de un elemento adecuado al medio en el que se desenvuelven para que la comunicación entre ellos sea posible y el pensamiento realice la misión redentora que está llamado á producir; como, en el plano Universal, la Materia,—que es el *cuerpo*—es indispensable para que el Espíritu se manifieste en el mundo *rupa ó formát* donde está llamado á actuar como parte activa y dirigente de la Naturaleza.

Si seguimos este paralelo, cuya exactitud resalta clara á la vista, veremos que, al igual de la palabra que depende de su generador el pensamiento, y así como este puede existir y existe sin necesitar de ella fuera del plano físico, la Materia, subordinada en las mismas condiciones al Espíritu, no tiene rol que desempeñar fuera del Universo Manifestado, allí donde aquél, perdiendo su caracter individual, es la Realidad incondicionada.

Al llegar aquí la antinómia se ha resuelto en el seno de lo Absoluto, el círculo se ha cerrado, y la Materia, sublimándose, diré así, abandonando definitivamente toda clase de forma, ya innecesaria, ha vuelto á ser congruente con el Espíritu, dentro de aquella Realidad.

El Espíritu, rayo de la luz divina que empezó involucionando hasta llegar en espirales descendentes al punto más bajo de la circunferencia, donde solo reinan las densas tinieblas, donde la vida mental no se siente palpar, ha regresado por fin, evolucionando y después de haber conquistado su individualidad, al foco imperecedero y resplandeciente del que una vez partiera.

La cola de la serpiente simbólica ha penetrado en las fauces abiertas del ofidio, después de haber éste desarrollado, en gigantesca curva, la inmensa série de sus anillos.

Los contrarios han terminado entonces su misión; lo Ilusorio ha desaparecido en lo Real, lo Transitorio en lo Eterno.

He aquí, apenas esbozada, la síntesis del grandioso Poema que sin cesar vemos repetirse en los pequeños y grandes universos que la Naturaleza coloca ante nuestros ojos y que no podemos penetrar cegados por nuestras supersticiones religiosas, filosóficas y científicas.

Luchamos llenos de entusiasmo por quimeras que luego el tiempo desvanece, y en vez de aprovechar de las sábias lecciones de la experiencia que tantos esfuerzos inútiles nos ahorrarían, preferimos embriagarnos con los encantos de la ilusión, que hermosa y tentadora se

nos brínda, y cerramos los oídos á las voces interiores que nos hablan el elocuente y mudo lenguaje de la Verdad, como que vienen de mundos donde no alcanzan las terrestres seducciones.

Los frutos de la Verdad, son siempre lo justo, lo bello y lo bueno. Por eso, ni el Materialismo exclusivista que dá origen al excepticismo—estéril y árido desierto donde solo plantas raquíticas nacen, donde mueren las mejores flores de la vida—ni el Espiritualismo extremo—padre de la intolerancia y del fanatismo—pueden titularse únicos representantes de aquella; mientras que, unidos ambos sistemas en un solo cuerpo de doctrina, neutralizados por el equilibrio los vicios que de su exclusivismo emanan, reconocidas y acepadas por el uno las verdades que al otro sirven de fundamento y que responden ó á las necesidades de la razón ó á las necesidades del sentimiento,—tan dignas de ser escuchadas y satisfechas estas como aquellas, y vice-versa;—se habrá encontrado, por fin, la segura clave que á la Verdad conduce, y el hombre podrá, entonces, realizar más pronto el progreso que tanto ambiciona, que busca hoy por senderos extraviados, y que constituye el propósito primordial de su existencia. Pero ese progreso no es aquel del cual en el presente tanto nos enorgullecemos, que proporciona únicamente al cuerpo comodidades y bienestar y deja en completo abandono al alma, vigorizando así á las pasiones que debemos reprimir; que se complace en embellecer cada vez más la jaula dentro de la cual el pájaro prisionero, falto de su natural alimento, no puede hacer oír sus armoniosos trinos, que olvida lo que es eterno por lo que es puramente de un día y que, enamorado de una forma, de una sombra, dá las espaldas á la luz que á su lado resplandece; sinó aquel que se preocupa de desarrollar conjuntamente todas las facultades del hombre, que se esfuerza en mantener libre de manchas y de desperfectos el traje sin el cual este no puede presentarse en el mundo, pero que, al mismo tiempo, presta al individuo vestido con ese traje, toda la atención, todos los exquisitos cuidados, toda la dedicación, que su bien entendida felicidad requiere.

De aquella unión, que responde á una armonía necesaria, no puede brotar para la humanidad sino frutos de bendición que ella ha de saber recojer y aprovechar empujada por las fuerzas concurrentes del sentimiento y de la razón, fuerzas que es absurdo suponer existan en el hombre destinadas á luchar entre sí y á destruirse mutuamente y no para ayudarle á satisfacer mejor los fines de su vida, que no son otros que los de su adelanto individual y colectivo dentro de los diversos órdenes ó planos en que está obligado á actuar.

A la obra, pues. Combatamos sin temor, al prejuicio, á la into-

lerancia y á la mentira, todos hijos legítimos del Egoísmo, con la seguridad de que no está lejano el día en que la Verdad que sostenemos derribará, como las trompetas de Jericó, las viejas murallas levantadas al favor de una larga noche por aquellos.

Un nuevo siglo clarea por los horizontes de la humanidad, aturrida actualmente con el ruido de las armas y sorprendida ante los colosales progresos que en el presente ha obtenido en los dominios de las artes industriales y de las ciencias físicas, pero más huérfana que nunca de ideales elevados, y más atrasada en el conocimiento de sus verdaderas necesidades que lo que lo fuera en épocas pasadas, en las cuales también aquellos adelantos materiales llegaron á un asombroso apogeo al que, en muchos casos, estamos todavía distantes de alcanzar y del cual son evidente prueba los vestigios y los monumentos que se conservan á través del largo tiempo transcurrido y los descubrimientos que continuamente se hacen en las extensas regiones del Asia y del Egipto. Es que en esos tiempos el hombre, guiado por ese sentimiento religioso que hoy casi se llega á considerar como un inútil lujo de la naturaleza, — sentimiento que nos ha dejado, como preciosa herencia, una copiosa é inimitable literatura, tan rica y exacta en sus imágenes como profunda y grandiosa en sus conceptos, — al investigar las obras de la Creación no dejaba de mirar al mismo tiempo en su propio interior, comprendiendo que ahí reside todo el secreto del Universo. Su decadencia empezó, cuando rompiendo, bajo el imperio de diversas causas, el equilibrio que llegara un día á establecer, se entregó á los excesos de la superstición y del fanatismo, menos perniciosos, sin embargo, que los excesos á que puede conducirnos el escepticismo frío y desconsolador.

Ni el uno, ni el otro. Esperemos que la bondad de los principios que proclama por el mundo entero la Sociedad á que pertenecemos, ha de llevar el convencimiento á todos de que en el campo de la investigación humana, donde se trabaja por adquirir la luz, ningún aporte de la inteligencia debe despreciarse, ni puede haber en él amigos ni adversarios, sino solo obreros afanosos ayudándose recíprocamente en la común labor.

ALEJANDRO SORONDO.

M. S. T.

EXOTERISMO, ESOTERISMO É INICIACION

En el último número de PHILADELPHIA hablábamos de la palabra *Revelación*. Ahora, siguiendo nuestro propósito de evitar, en la medida de nuestras modestas fuerzas, algunos de los inconvenientes que pueden presentarse al estudiante de Teosofía, ó más bien dicho, al que principia á estudiar esta, nos ocuparemos de tres términos muy en boga dentro de la literatura teosófica. Nos referimos á las palabras *exoterismo*, *esoterismo* é *iniciación*, que sirven de epígrafe á estas líneas, y cuyos significados trataremos de poner en claro.

Las palabras exoterismo y esoterismo—tan parecidas en su escritura y en su pronunciación, como diferentes en lo que quieren decir—me recuerdan, por una lejana analogía, las premisas de un silogismo cuya consecuencia fuera la *iniciación*. Ellas son como los nombres de dos puntos diametralmente opuestos de una misma circunferencia, ó los de dos regiones separadas por un abismo y sin embargo unidas por un puente—diámetro ó puente de la *iniciación*.

Los adjetivos esotérico y exotérico significan—según la etimología—la parte velada y la parte develada de un asunto cualquiera; y así el teosofista contemporáneo procede de acuerdo con la etimología cuando sacando del olvido á estas dos voces, llama esotérica á la Gran Doctrina Secreta de la cual ya hemos hablado en otra parte, madre y alma de todas las religiones, y exotéricas á estas, conjunto de fábulas y ritos que se dan á los pueblos con fines y por razones de que hablaremos en otra ocasión.

Hemos dicho que el teosofista saca del olvido á esas dos voces, porque aunque ellas pertenecen desde antiguo al idioma, han sido siempre usadas con mucha parsimonia. Solo el historiador de vez en cuando las ha dejado deslizar bajo su pluma para aplicarlas á las doctrinas públicas y privadas de pitagóricos ó neo-platónicos.

De aquí se ha originado lo que llamaríamos el significado vulgar de estas palabras, si pudieran tener significado vulgar unas voces tan poco conocidas. Y esta significación, bajo un aparente acuerdo con la etimología y con las que les dá el teosofista, adolece, sin embargo, de un defecto,—defecto que si no se pone de manifiesto en las definiciones que se dán de estas palabras, no por eso

deja de existir y explicar el poco uso que de ellas se hace, habiendo en muchas cosas, ocasión ó necesidad de aplicarlas.

Las doctrinas que se enseñaban en las secciones internas de algunas filosofías antiguas, eran comunicadas al neófito sólo después de grandes pruebas y de grandes juramentos; y como es precisamente para calificar de esotéricas á esas doctrinas que se introdujo en nuestra lengua esta palabra griega, nos hemos acostumbrado á no ver esoterismo más que en el misterio de los templos custodiados por estatuas y por hierofantes.

La suerte de la palabra *esotérico*,—para ser comprendida y para ser utilizada, ha determinado la de su opuesta—*exotérico*.

Como se ve, se comete en la comprensión de estas palabras un error muy común: se toma por principal y característico, lo que es secundario y accidental; y consecuencia de este error es el atribuir á las palabras en cuestión un significado mucho menos extenso del que se les debe dar.

El esoterismo y el exoterismo están en todas las cosas. Cada ciencia, por ejemplo, tiene su sección esotérica y su sección exotérica. El estudio del tronco de cono y de sus propiedades, el desarrollo de las fórmulas que sirven para apreciar su superficie y su volumen, es una parte de la sección esotérica de la Geometría; pero la fórmula inglesa $V=0.605 d^3$, ó más bien la regla práctica que de ella resulta y que diariamente utiliza el obrero en el arqueo de los toneles, pertenece á la parte exotérica de la misma ciencia. Del mismo modo la fórmula química del ácido nítrico ($N O^3 H$), el estudio profundo de las propiedades de este, del modo de prepararlo y de descubrirlo en las combinaciones ó mezclas de que forme parte, la determinación del lugar que le corresponde entre los otros cuerpos conocidos, todo esto es *esoterismo*;—pero el conjunto de reglas prácticas y de prescripciones que están al alcance de todo el mundo y que guían al obrero en la preparación de su *agua fuerte* y de la lámina de cobre en que debe grabar, corresponden á la parte *exotérica* de la química.

El «modernista» que habla de esoterismo en el arte se expresa bien, y es uno de los pocos que han comprendido el verdadero significado de la palabra. Algunas estrofas de Ruben Darío—para citar un nombre conocido de nuestra juventud—tienen un significado incomprendible para el que no conozca nada de antigüedades ni de mitologías; y la belleza de la frase y la del verso, y la riqueza de la rima, y la onomatopeya, pasan desapercibidas al que no tenga el gusto y el oído educados suficientemente. El esoterismo en el arte es, pues, esa región de verdades y bellezas en que no se puede penetrar sino después de haber adquirido las condiciones necesarias.

Conviene antes de pasar adelante, y á fin de que podamos darnos cuenta de lo que es la iniciación, que primero nos penetremos bien de que el esoterismo no es hijo de convenios ni de trapizondas humanas, y si de la naturaleza de las cosas. Inútil sería que al que no poseyera algunos conocimientos de Álgebra le habláramos de la fórmula de Taylor, que le dijéramos que ella nos permite desarrollar en serie convergente á una función que satisfaga á determinadas condiciones, que nos esforzáramos en hacerle comprender la trascendencia y las aplicaciones de esta fórmula; todo sería en vano, repito, porque no sabiendo el que nos escuchara lo que se entiende en matemáticas por *série*, por *función*, por *derivada*, cada palabra que pronunciaráramos para ilustrarlo solo conseguiría confundirlo más.

No es, pues, la verdad la que se nos oculta; somos nosotros los que carecemos de condiciones para percibirla. Y cuando luchamos por adquirir dichas condiciones, nos iniciamos.

No es así, sin embargo, como se entiende la palabra *iniciación* por la generalidad de los hombres.

Las sociedades ocultas antiguas y modernas han celebrado siempre ciertas ceremonias al recibir en su seno al candidato; y de estas ceremonias que en determinados casos pueden ser convenientes y hasta necesarias, pero que no dejan nunca de ser un signo, una especie de—¡Adelante! ó un método de enseñanza en que se aprovecha la virtud sintética del símbolo,—hemos hecho el rasgo característico de las iniciaciones, ó más bien dicho, es á ellas y solo á ellas á las que generalmente aplicamos tal nombre.

Como se ve, pues, tomando por principal lo que es solo secundario, lo que puede suceder ó no suceder sin que por eso deje de haber iniciación, hemos quitado á ésta su verdadero carácter para dar su designación á lo que es una simple fórmula, una mera apariencia.

La iniciación es, como ya lo hemos dicho, la lucha, el esfuerzo constante por adquirir la verdad. El estudiante de una ciencia cualquiera se está iniciando en ella. Y nuestra vida es una iniciación: porque todo lo que percibimos, sentimos ó hacemos, deja en nosotros el limo de una enseñanza.

Si; vivir es iniciarse. No es solo en la media luz de los vestíbulos, entre los juramentos y entre las espadas, donde hallaremos la Verdad. El niño que jugando en los caminos, á la luz del medio día, salta y rie, y ve una mata de ortiga en el ribazo y corre para cogerla y se hiere... y llora, ha avanzado un paso en el Sendero.

Tampoco se crea que es en todos los casos indispensable la presencia del iniciador para iniciarse; porque somos nosotros mismos los que nos iniciamos. Nosotros somos los que luchamos, los que caemos ó los que vencemos. El iniciador solo podrá conducirnos

hasta enseñarnos el camino y advertirnos las dificultades, pero de ningún modo conferirnos los poderes y hacernos alcanzar las verdades que nosotros mismos debemos conquistar.

Pero si somos nosotros mismos los que por nuestro propio esfuerzo debemos alcanzar el fin deseado, es natural y justo que nos preparemos, que ejercitemos nuestras fuerzas antes de arrostrar la lucha. Es en vano que un hombre débil y enfermizo quiera hacerse herrero ó buzo, ó que uno sin imaginación ni sentimiento pretenda convertirse en artista; porque ambos perderán el tiempo en esfuerzos inútiles que tarde ó temprano llegarán á cansarlos, á hacerles comprender sus errores y á hacerlos retroceder vencidos.

Y por eso en los Misterios Antiguos eran sometidos los candidatos á las *pruebas*,—pruebas que no tenían otro objeto que la selección de los más aptos.

Pero habiendo hablado de esoterismos y de iniciaciones, y habiendo nombrado á los Misterios, justo es también, que antes de cerrar este artículo, digamos cual es la opinión del teósofo sobre ellos.

Todas las religiones, como lo recordábamos al principio, no son más que conjuntos de fábulas ordenadas convenientemente; pero de fábulas que bajo el velo de la alegoría encierran verdades, el enunciado de algunas de las grandes leyes que rigen al Universo y al hombre. Y hemos dicho también, en otra parte, que el *Reclador*, al forjar estas fábulas, lo hacía de modo que, por su trama, pudieran satisfacer las necesidades morales é intelectuales de la mayor parte de los hombres de su pueblo ó de su época.

Pero la mayor parte no es la totalidad. Podía suceder, pues,—y este caso se ha realizado siempre—que las fábulas que satisfacían á la mayor parte de los hombres de un pueblo, no fueran aceptadas, sin embargo, por todos; es decir, que quedaran algunos para los cuales la religión que se les daba no fuera buena. Este resto de hombres por lo general más evolucionados intelectualmente que la mayoría, además de quedar entonces privados de los beneficios personales de una religión, vagando del reino de la negación al reino de la duda, tenían que vivir ó desvinculados moralmente de la masa de su pueblo ó convertirse en focos de discordia y de disolución.

Y para estas minorías disidentes es para quienes las religiones antiguas levantaron al lado del templo del culto público el templo de los Misterios menores. Allí el sacerdote, después de las *pruebas* consagradas y de los juramentos y de las purificaciones, les explicaba el sentido esotérico de algunas fábulas, les hablaba de las grandes leyes y de las grandes fuerzas de la naturaleza, les hacía entrever el significado mágico de algunas ceremonias y les decía muchas otras cosas desconocidas de la multitud. De ese modo, pues, se sa-

tisfacía á aquellas inteligencias al parecer rebeldes, se les daba los conocimientos y las luces á que eran acreedoras por su grado de desarrollo y se las vinculaba fuertemente con la comunidad.

Pero también tenían las religiones antiguas los Misterios mayores ó grandes Misterios, á los que solo ingresaban los que habiendo pasado por todos los grados de los menores, querían consagrar su vida entera al estudio de las Ciencias Sagradas. Por ellos podía el estudiante, si sus fuerzas se lo permitían, llegar á adquirir el conocimiento completo de la Doctrina Secreta y convertirse así en uno de los hermanos mayores de la raza.

Finalmente, y para que esto se grabe bién en la mente del lector, concluiré repitiendo que el esoterismo está en todas las cosas, y que todos al vivir nos iniciamos. El iniciado perfecto no existe porque la Verdad es infinita.

CARLOS M. COLLET,

M. S. T.

LOS RAYOS ROENTGEN Y EL OCULTISMO

Ulises, Moisés, Alejandro el Grande, Zoroastro, Sócrates, Pitágoras, Jesucristo y muchos santos del cristianismo, ofrecen, según se cuenta, un carácter distintivo, que les es común, un fluido, un efluvio luminoso que les circunda la cabeza y que, particularmente en los estados de emotividad profunda y de éxtasis, se hace visible.

¿Es preciso no ver meramente en estas tradiciones sino una expresión poética, una creación de imaginaciones crédulas, ó hay por el contrario un fondo de realidad en los cuernos de Moisés y en el nimbo de los santos?

Si se trata de un fenómeno luminoso verdaderamente objetivo, á la ciencia le toca producirlo artificialmente y hacerlo más accesible á la observación; cosa que puede obtenerse de dos maneras: ya reforzando la luz, ya aumentando la capacidad perceptiva del observador. Este último procedimiento fué el que primeramente se puso en práctica por Mesmer y sus adeptos. En sus *Aforismos*, que dictaba á sus discípulos y que han sido publicados por Caulliet de

Veauvrouel, Mesmer dice que el fluido magnético es luminoso; y la opinión de que el cuerpo humano emite luz, se afirmó en todas partes cuando el sonambulismo fué descubierto.

No se podía, es cierto, invocar otro testimonio que el de los sonámbulos; los escépticos atribuyeron esos asertos á ilusiones subjetivas ó á la influencia del magnetizador; cuando éste era partidario de tal teoría, provocaba por sugestión en el sonámbulo la ilusión que le hacía creer que veía luz.

La Academia de París, que tuvo que examinar el sistema de Mesmer, negó como es sabido, la existencia del magnetismo animal. Ahora bien, un fluido que no existía, naturalmente no podría ser luminoso. En la memoria de la Academia, correspondiente al año 1784, se dice que ese fluido no existe y se dá como prueba el hecho de que escapa á todos nuestros sentidos. Pero cada fuerza natural no corresponde á un sentido, y aunque exista el sentido correspondiente, la impresión puede escapar á la observación cuando es muy débil la excitabilidad de ese sentido. La razón dada por la Academia carece, pues, absolutamente de valor científico.

Las afirmaciones de los sonámbulos respecto del poder luminoso del fluido magnético, no constituyen una prueba, pero, se habría podido aceptarlas como hipótesis en espera de su demostración objetiva. No se ha hecho así, y una vez más el excepticismo ha estorbado el progreso al desechar la afirmación sin exámen. Hoy la objetividad de esa luz, á la que Reichembach ha dado el nombre de luz óptica, está demostrada; las numerosas declaraciones de los sonámbulos adquieren de este modo un valor indudable, y es de esperar que los detalles de sus narraciones no sean menos fundados.

Sabemos que Mesmer daba á la magnetización la forma de pase magnético, y los sonámbulos están de acuerdo, casi unánimemente, en decir que de los dedos de mano extendida brota luz. Como algunos magnetizadores han declarado que sus sujetos no veían luz, se ha deducido de aquí que los únicos sonámbulos que ven luz son aquellos cuyo magnetizador cree también en ella. Pero Deleuze dice que esto es un paralogismo, porque se puede retorcer la objeción en esta forma: si la fé de un magnetizador puede determinar en su sonámbulo la facultad de ver la luz, la ausencia de fé en otro magnetizador puede ser causa de que su sonámbulo nada vea.

Cuando se estableció que los sonámbulos veían el agua magnetizada en estado luminoso, Chorpignon hizo las experiencias de manera que pudiese rechazarse todas las objeciones hechas á la sugestión; pues ellos encontraban el vaso de agua magnetizada entre un gran número de asistentes, aún sin saber cual era el objeto de la

experimentación, y cuando Charpignon mismo no sabía cuál era el vaso que había sido magnetizado.

No todos los sonámbulos describen el *od* del magnetizador de la misma manera; pero este desacuerdo no es una objeción porque hoy se sabe que el *od* tiene una coloración individual, que cambia según el estado de salud del magnetizador. Salvo este cambio, el *od* de un mismo magnetizador se describe de igual modo. La sonámbula de Tardy, Mme. B... describía el fluido de este exactamente como lo había hecho Mme. N., y quince meses antes otra sonámbula.

Una de ellas dice haber visto que los dedos del magnetizador se iluminaban y se alargaban como si fueran á horadarle los ojos.

Pero no emiten luz ódica solamente las manos; todas las partes del cuerpo tienen esta propiedad en mayor ó menor grado.

Cuando Lafontaine se pasaba un peine por los cabellos, el efluvio era tan fuerte que un niño que estaba presente gritó: «Hay fuego, hay fuego en la cabeza de M. Lafontaine». La sonámbula de Tardy le rechazaba, porque decía que sus cabellos le impresionaban demasiado y los veía como hilos de oro brillantes. El nimbo, la aureola de los santos en la mística cristiana, no es otra cosa que la fuerza magnética, visible para los sonámbulos. Basta leer en Gærres los detalles minuciosos relativos á ese resplandor místico de los santos, para reconocer su perfecta analogía con la luz ódica.

Los ojos son también abundante fuente de luz. Una sonámbula de Dalozi, precursor de Reichenbach, vió brillar los ojos del magnetizador como los de un lobo en medio de la noche. La sonámbula de Lehmann le decía: «Tiene usted un aire muy extraño; le veo envuelto en una densa niebla, desde la cual lanzan sus ojos un fuego vivísimo, como las linternas que es costumbre llevar por las calles en las noches brumosas de otoño».

En la mística cristiana los ojos son también la principal fuente ódica. Cuentan que el filósofo Proclus, cuando pronunciaba sus discursos, aparecía con la cabeza rodeada de vivísima luz; y se ha observado en los espectros que donde se muestra la luz ódica con mayor intensidad es en la cabeza y en los ojos.

El eflúvio ódico luminoso aumenta por el influjo de factores psicológicos, esfuerzos de la voluntad, emociones, etc. Se refiere que un cofrade de San Artemio le vió en el convento, de pié y envuelto en llamas mientras permanecía absorto en oración. Cuando el abate Lot levantaba las manos al cielo, sus dedos se encendían como si fueran diez lamparas ardientes. La comunión da lugar también en la mística cristiana á fenomenos de esa naturaleza.

De igual modo es el aliento magnéticamente muy activo y ódica-

mente luminoso. De la boca de los que rezan salen ardientes llamas. Una sonámbula dijo á Bahrens, consejero de la Corte: «De su boca sale una ola de fuego que se dirige hácia mi y hácia las demás personas que le escuchan». Alejandro el Grande, en la excitación del combate, y Ascanio en Virginio, emiten luz ódica; y lo propio les sucede á los santos cuando experimentan un sentimiento de piedad intenso. Reichenbach dice así mismo, que todas las emociones aumentan el poder emisor de la radiación ódica.

Cuando la magnetización se efectúa por el solo esfuerzo de la voluntad, el *od* mana radiante de los ojos y de la frente en gran cantidad y es lo que dirige la voluntad. Cuando el magnetizador vuelve la espalda al sonámbulo, el *od* no emana por detrás de la cabeza, sino de la frente: si se vuelve en seguida, hiere al sujeto pero más debilmente; y si se magnetiza con gran energía, el sonámbulo percibe chispas y relámpagos de gran brillantez. El magnetizador no ve su propio effluvio ódico sino aisladamente, como sucedió al consejero Bahrens: la luz de la habitación se apagó por casualidad, y vió en la oscuridad sus pases magnéticos, seguidos de apariciones luminosas.

Los sensitivos de Reichenbach ven una luz, que es invisible para la vista normal, pero no solamente en los hombres, porque el *od* no es exclusivamente animal, sino universal. El cuerpo humano en la cámara oscura aparece envuelto por una masa de vapor luminoso, que se puede agitar por medio de un soplo. El hombre desnudo es una antorcha que se alambra á sí propio, de luz blanca en el estado de salud, rojiza en estado de enfermedad y aún antes de que esta se haya declarado.

Así como en los cuerpos inanimados el *od* brota especialmente de las aristas y los puntos, así brota en el hombre principalmente de las extremidades. La mujer sensitiva Zinkel ve la cabeza de Reichenbach circundada de un esplendor luminoso y se sirve de esta expresión: «Tiene la aureola de un santo». Faría, el antecesor de Braid, ha observado que los sonámbulos, cuando se agita el aire, apartan los ojos porque no pueden soportar su resplandor. Mientras Mme. Baner llevaba sus manos de un lado á otro en la obscuridad, Mme Zinkel veía detenidas en el aire las chispas producidas por el effluvio ódico, como si fuesen estrellitas azules aisladas unas de otras. El doctor Washold, al extender su mano, veía desprenderse fuego de las puntas de los dedos y quedar suspendido en el aire. Reichenbach, al golpear con sus dedos en la mano de Mashold, percibía pequeñas llamas que partían de ella. Mme. Reichel juntaba sus manos bruscamente, esparcía el fuego que brotaba de las puntas de sus dedos, y lo hacía revolotear á su alrededor en menudas chispas.

La luz óptica atraviesa los párpados y los sensitivos la ven con los ojos cerrados. Hablando del sensitivo Bollmann, que era ciego, carecía del cristalino pero conservaba una retina sana, y había entrado en la cámara oscura, dice Reichenbach: «Al cabo de una hora de permanencia tranquila en la oscuridad, veía una multitud de apariciones luminosas que yo, que no estaba privado de la vista, no podía percibir: y cuando en la cámara, en medio de los objetos que emitían luz óptica íbamos y veníamos, se daba por primera vez el caso de que un ciego condujese al que tenía vista, y M. Bollmann me servía á mí mismo de guía!» Le había colocado de pié, bajo una campana de cristal, un hierro imantado en forma de herradura y Bollmann no lo veía; pero cuando la máquina neumática se puso en movimiento y se hizo á medias el vacío, empezó á percibir la luz, que se hacía más brillante á medida que el aire se enrarecía. Para efectuar la prueba contraria, se dejó entrar el aire y la luz se extinguió.

Existe en los Archivos un documento relativo á un hecho de este género, que data de 1817. En él se dice de una sonámbula: «El singular fenómeno de la vista y oído que partía de la cavidad del estómago, se manifestaba en ella con gran intensidad, y ofrecía un espectáculo de los más extraordinarios, por tratarse de una persona que desde muy jóven había quedado ciega, y por consiguiente se representaba los objetos de modo muy distinto de como realmente son».

Reichenbach había dado cuenta de sus 13,000 experiencias para los habitantes de la luna. Du Bois Reymond y otros, ridiculizaron el *od* y lo tildaron de locura. Solamente en nuestros días se reanudaron las experiencias de Reichenbach por el profesor Barrett, en Dublin, y las ha encontrado perfectamente fundadas. En Francia ha sido un obrero quien ha traducido las «Cartas Odicas» y posteriormente M. de Rochas, con sus admirables descubrimientos, ha demostrado toda la fecundidad de la teoría óptica que le ha servido de punto de partida.

En Alemania no se ha querido dar crédito á Reichenbach, aunque entre sus sensitivos hay por lo menos un centenar de personas ilustradas y la mitad eran sábios, médicos, físicos, químicos, filósofos, matemáticos, etc. Ha habido resistencia para admitir fenómenos que no procedían sino de estados personales de sujetos excepcionales ó de personas que se encontraban en condiciones anómalas, como los sonámbulos.

Hay sin embargo en Reichenbach pruebas objetivas también, pero su número es mucho más restringido. Debe advertirse además que el *od* no es perceptible solamente por el sentido de la vista, sino

No podemos citar aquí todas las experiencias correspondientes de Reichenbach que ha demostrado experimentalmente que los rayos ódicos pasan á través de planchas de cobre laminado, de zinc, de latón; que las maderas macizas y las partes carnosas del cuerpo son diófanos, es decir, que dejan pasar los rayos ódicos y odiáfanos, esto es diáfanos para los sensitivos. Desde 1855 hizo notar la importancia de sus descubrimientos para la medicina, expresándose en estos términos: «Esto puede llegar á ser un asunto de importancia incalculable para la ciencia médica y especialmente para el diagnóstico. Para los ultra sensitivos llegará á ser por completo transparente todo el cuerpo enfermo y podrá decirse entonces cuales son los órganos interiores atacados por la enfermedad y qué progresos ó retrocesos ha tenido la dolencia. Del mismo modo se pedrá saber lo que pasa en el cuerpo en estado de salud».

Para Reichenbach la lucidéz de los sonámbulos que ven con los ojos vendados y perciben los objetos ocultos, corresponde á un capítulo de la física, al estudio de rayos luminosos perfectamente objetivos. Los sonámbulos han creído siempre que la luz ódica que parte del magnetizador entra en el interior de su cuerpo y lo ilumina, de tal manera, que pueden hacer su propio diagnóstico lo mismo que el de otras personas. Una niña de cuatro años, magnetizada por su madre y convertida en sonámbula, habla del humo que su madre «le produce en el vientre».

De esta autopsica interior se habla ya en la antigüedad, cuando Aristides, el amigo de Marco Aurelio, dijo en sus «Discursos sacros» que «había visto sus órganos interiores». Los sacerdotes egipcios y griegos conocían también todas estas cosas, como lo he demostrado en mi «Mística de los antiguos Griegos» y las utilizaban en el llamado «Sueño del templo». Según Jámblico, allá tuvo su origen la medicina, ó Hipócrates, que había hecho sus primeros estudios en los templos sanitarios, pudo decir: «En cuanto á lo que pasa en los cuerpos, el alma puede verlo con los ojos cerrados». Escalígero, en su Comentario sobre Hipócrates es todavía más explícito: «El alma, aunque durante el sueño no está completamente desligada del cuerpo, está libre al menos del grosero servicio que debe prestar á los diversos órganos, se repliega sobre sí misma, como en un puerto al abrigo de las tempestades. Entregada á sí propia, ve y sabe todo lo que sucede en el interior del cuerpo... Por sus afecciones se da cuenta del estado del cuerpo». En otro lugar dice que Galeno y otros médicos han utilizado esto en la medicina y han visto en ello algo de divino.

El ojo humano es el reactivo más sensible para los rayos de luz ódica; la retina es sobrepujada por la placa fotográfica. Reichenbach

sabía muy bien que las declaraciones unánimes de sus numerosos sensitivos no serían aceptadas como pruebas objetivas mientras la luz ódica no fuera fotografiada. Dice á este propósito: «Esta luz es reflejada por superficies brillantes, puede recojerse y concentrarse en un foco; obedece á las leyes de la paralización y muestra en su parte reflejada su estado odo-negativo, y en la parte que pasa un estado odo-positivo; obra en la oscuridad después de algunos minutos de exposición sobre la placa fotográfica y traza figuras en ellas; por último se eleva á tal grado de fuerza, que produce sombras fáciles de circunscribir de una manera muy limitada».

Lo que parece ignorarse es que Reichenbach ha suministrado igualmente esa prueba fotográfica para la luz ódica. Hizo sus experiencias en Berlin y llegó á fotografiar el *od* radiante, emitido por el cristal de roca, el *od* magnético, el *od* humano, el de los procedimientos químicos, el de las masas metálicas amorfas y el *od* producido por el sonido y el frotamiento. Del hecho de que la luz ódica obra como la luz del día sobre la placa fotográfica; concluye que es una luz verdadera aunque débil. Sabía también que la presión del aire impide el desenvolvimiento de la luz ódica, que esta varía según las diferencias de esa presión, y aumenta en proporciones marcadas por la rarefacción del aire. Sabía igualmente que la electricidad es una fuente ódica importante y que no se trata ya sino de combinar la electricidad y la rarefacción con objeto de producir por estos dos factores, que obran en el mismo sentido, una fuente ódica bastante fuerte para poder influir sobre la placa fotográfica, sobre la retina de los sensitivos y también sobre la vista normal.

El mismo Roentgen ha dicho que debe su descubrimiento á la casualidad, y es cierto que la idea le ocurrió con absoluta independencia de Reichenbach, cuyos libros están en el índice de los físicos. El paso de una descarga eléctrica por el tubo de Hittorf comprende esos factores de incremento de la luz ódica señalados por Reichenbach, y es muy probable, ahora que las previsiones de Reichenbach serán superadas, que no solo podrán los impersensitivos formar el diagnóstico de las enfermedades, sino que el aparato fotográfico expondrá á todas las miradas la descripción de las alteraciones interiores del cuerpo humano.

Cuando en adelante se lleve ante los tribunales á sonámbulos acusados de charlatanismo, los médicos se guardarán muy bien de decir que el diagnóstico sonambólico es imposible y que se trata por lo tanto de una bribonada; y el ministerio público no sostendrá ya que la retina sensitiva no puede, en ciertas condiciones, tener el mismo poder de susceptibilidad que una placa fotográfica. Se podrá pedir á los sonámbulos la prueba de su capacidad para diagnosticar y com-

LOS INCREDULOS

Hay un gran número de hombres atacados de una verdadera miopía intelectual, que según la exacta imagen de Lemierre, toman á su propio horizonte como si fuera los límites del mundo. Los hechos nuevos y las ideas nuevas los ofusca, los horripila, y si por ellos fuera nada se cambiaría en la acostumbrada marcha de las cosas. Para esos hombres es letra muerta la historia del progreso de los conocimientos humanos.

La audacia de los investigadores, de los inventores, de los revolucionarios, la consideran criminal. Parece, á sus ojos, que la humanidad hubiese sido siempre lo que hoy es, y no se acuerdan ni de la edad de piedra, ni de la invención del fuego, ni de la de las casas, de los carruajes, y de los caminos de hierro, ni de las conquistas del espíritu, ni de los descubrimientos de la ciencia. Bien instalados en sus cómodos sillones, esos excelentes vecinos permanecen imperturbablemente satisfechos, incapaces de admitir lo que no comprenden y sin sospechar, que en realidad, no entienden nada. No saben que en el fondo de la explicación de todos los fenómenos de la naturaleza hay lo desconocido, contentándose con los cambios de palabras. ¿Por qué cae una piedra? «Porque la tierra la atrae»; respuesta tan clara basta á su ambición; creen comprender. Una fraseología clásica les seduce como en el tiempo de Moliere: «ossabandus, nequeis, nequer, potarinum, quipsa, milus... hé aquí precisamente lo que hace que vuestra hija sea muda», decía Esganarela.

En todos los siglos, en todos los grados de civilización, se encuentra de estos hombres simples, tranquilos, no desprovistos, sin embargo, de vanidad, que niegan cándidamente las cosas inexploradas y que pretenden juzgar la insondable organización del Universo.

Recorramos la historia, y edifiquémosnos con algunos ejemplos.

La escuela de Pitágoras, libertada de las ideas comunes sobre la Naturaleza, se había elevado hasta la noción del movimiento diurno de nuestro planeta, que evita al ciclo inmenso y sin límites la

absurda obligación de girar en veinticuatro horas alrededor de un punto insignificante. Que el sufragio universal se rebeló contra esta idea de génio, es inútil decirlo; no se puede pedir á un elefante que vuele hasta el nido de las águilas. Pero es tal la fuerza de los prejuicios vulgares que, aun espíritus superiores, como Platón y Arquimedes, esas dos brillantes inteligencias, y los astrónomos mismos, como Hipparco y Ptolomeo, permanecieron en la imposibilidad de remontarse hasta aquella concepción. El último no pudo dejar de reirse á carcajadas de semejante pamplina, y calificó la teoría del movimiento de la Tierra de «completamente ridícula» πάνυ γελοτότατον! La expresión es verdaderamente pintoresca. Nos parece estar viendo sacudirse y retorcerse el vientre de un buen canónigo ante una broma de esta especie, *panu guélototaton!* ¡Oh Dioses, que graciosa ocurrencia! ¡La Tierra girando! Los pitagóricos se han vuelto locos: es su cabeza lo que gira.

Sócrates bebe la cicuta para libertarse de las ideas de su tiempo; Anaxágoras es perseguido por haber osado enseñar que el Sol es dos veces más grande que el Peloponeso, y dos mil años más tarde, Galileo es perseguido, á su turno, por afirmar la grandeza del sistema del mundo y la insignificancia de nuestro planeta. La investigación de la verdad no avanza sino á pasos lentos, pero las pasiones humanas y los intereses dominadores que nos ciegan permanecen siempre los mismos.

Y la duda dura todavía, á pesar de las pruebas acumuladas por toda la astronomía moderna. ¿No tenemos, acaso, en nuestras bibliotecas una obra publicada en 1806 expresamente contra el movimiento de la Tierra, y en la que se declara que jamás admitirá su autor que él gire como una ave en el asador? Y dicha ave era un hombre de mucho espíritu, por otra parte (lo que no excluye á la ignorancia); miembro del Instituto, teniendo por nombre Mercier, más conocido por su *Cuadro de París*, y á quien se hubiera podido creer dotado de un juicio más extenso y más seguro.

Asistí á la sesión de la Academia de Ciencias el día, de hilarante memoria, en que el físico Du Moncel presentó el fonógrafo de Edison á la docta Asamblea. Una vez hecha la presentación, el aparato se puso dócilmente á recitar la frase registrada en su cilindro, cuando se vió entonces á un académico de edad madura, con un espíritu penetrado, más que eso, saturado de las tradiciones de su cultura clásica, que, rebelándose noblemente contra la audacia del innovador, se precipitó sobre el representante de Edison á quien cogió por la garganta exclamando: «¡Miserable, no penseis que hemos de ser ju-

guetes de un ventrílocuo!» Ese miembro del Instituto se llamaba Monsieur Bouillaud, y el hecho sucedió el 11 de Marzo de 1878. Tal vez lo más curioso del caso fué que, seis meses después, el 30 de Septiembre, en una sesión análoga, tuvo el mismo personaje á honor declarar que, según un maduro exámen, no resultaba para él del experimento efectuado sino un caso de ventriloquía y que «no se puede admitir que un vil metal pueda reemplazar al noble aparato de la fonación humana». El fonógrafo no era, según su sentir, sino una *ilusión de acústica*.

Cuando Lavoisier hizo el análisis del aire y descubrió que se compone principalmente de dos gases, el oxígeno y el ázoe, ese descubrimiento turbó á más de un espíritu positivo y sosegado. Un miembro de la Academia de Ciencias, el químico Baumé, (el inventor del areómetro), creyendo firmemente en los cuatro elementos de la ciencia antigüe, escribía doctoralmente: «Los elementos ó principios de los cuerpos han sido reconocidos y confirmados por los físicos de todos los siglos y de todas las naciones. No es presumible que esos elementos, mirados como tales desde hace dos mil años, sean puestos, en nuestros días, en el número de las substancias compuestas, y que se pueda dar como ciertos los procedimientos para descomponer el agua y el aire, y los *razonamientos absurdos, por no decir más*, para negar la existencia del fuego y de la tierra. Las propiedades reconocidas á los elementos lo han sido como consecuencia de todos los conocimientos físicos y químicos adquiridos hasta el presente; ellas han servido de base á una infinidad de descubrimientos y de teorías más luminosas las unas que las otras, á las cuales habria que quitar hoy todo su valor, *si el fuego, el aire, el agua y la tierra fueran reconocidos como no siendo ya elementos*».

Todo el mundo sabe actualmente que esos cuatro elementos, tan religiosamente defendidos, no existen, y que son los químicos modernos los que tenían razón descomponiendo el aire y el agua. En cuanto al fuego ó flogística que, según Baumé y sus contemporáneos, era el *deux ex machina* de la naturaleza y de la vida, no ha existido jamás sino en la imaginación de los profesores.

El mismo Lavoisier, ese gran químico, no está indemne de la acusación contra aquellos que «creen descubierto todo», puesto que escribió una erudita relación á la Academia para demostrar que las piedras *no pueden* caer del cielo. La caída de aereolitos, á propósito de la cual hizo esa relación oficial, habia sido admirablemente observada en todos sus detalles: se habia visto y oído estallar el bólido, se habia contemplado al aereolito caer, se le habia recogido caliente

sometiéndosele enseguida al exámen de la Academia, la que declaró, por el órgano de su relator, que la cosa era increíble é inadmisibile. Notemos también que, desde hace millares de años, habían caído piedras del cielo ante centenas de testigos, que se habia recogido un gran número de ellas y que muchas se encontraban desde entonces conservadas en las iglesias, en los museos, y en las colecciones; pero faltaba, sin embargo, al fin del último siglo un hombre independiente para afirmarlo. Este hombre llegó, y fué Chladni.

Yo no arrojo piedra alguna á Lavoisier ni á persona alguna, sino á la tiranía de los prejuicios. No se creía, no se quería creer que pudiesen caer piedras del cielo, pues ello parecía contrario al sentido común. Por ejemplo, Gassendi es uno de los espíritus más independientes y más instruidos del siglo XVII, y á pesar de ello, habiendo caido en Provenza, en 1627, durante un día claro, lleno de sol, un aereolito que pesaba treinta kilógramos, que fué visto, tocado y examinado por aquél, él mismo lo atribuyó á alguna erupción terrestre desconocida.

Los profesores peripatéticos del tiempo de Galileo, afirmaban doctoralmente que el Sol *no podia* tener manchas.

El espectro de Brocken, la fata Morgana, el espejismo, han sido negados por un gran número de personas sensatas, mientras no han sido explicados.

No hace todavía mucho tiempo, (1890), que el rayo en forma de bola era puesto en duda en plena Academia de Ciencias de París, precisamente por aquél de sus miembros que mejor debía conocerlo.

La historia de los progresos de la ciencia nos muestra, á cada instante, que grandes y fecundos resultados pueden provenir de observaciones simples y casi vulgares. En el estudio del dominio científico nada debe ser desdeñado. ¡Qué maravillosa transformación de la vida moderna es la que ha producido la electricidad! Telégrafo, teléfono, luz eléctrica, motores ligeros y rápidos, etc., etc. Sin la electricidad, las naciones, las ciudades, las costumbres, serían otras; sin ella, la locomoción á vapor por ejemplo, no hubiera podido conseguir los desenvolvimientos que hoy ha alcanzado, pues si las estaciones no pudiesen comunicarse instantáneamente unas con otras, los trenes no podrían circular con seguridad sobre sus vías. Sin embargo, la cuna de esta admirable hada está humildemente velada entre las primeras luces, apenas sensibles, de la naciente aurora. Allí no se distingue sino elementos muy vagos, que algunos ojos perspicaces han tenido la gloria de notar y de señalar á la atención el mundo.

Recordemos con motivo de lo dicho, el caldo de ranas de Mme. Galvani, en 1791. El sabio se había casado con la linda hija de su antiguo profesor, Lucía Galeozzi, á quien amaba tiernamente. Encontrándose la joven en Boloña, muriéndose de una afección al pecho, el médico le ordenó un caldo de ranas, plato bastante excelente que Galvani mismo tuvo que prepararle. Sentado en su balcón, se dice, había despojado de la piel á cierto número de esos pequeños animales y suspendido los miembros inferiores, separados del tronco, en la balaustrada de hierro, por medio de pequeños ganchos de cobre que le servían en sus experiencias, cuando vió, con una admiración que justificaba lo extraño del fenómeno, aquellos miembros ajitarse convulsivamente todas las veces que tocaban accidentalmente el hierro del balcón. Galvani, que era profesor de física en la Universidad de Boloña, estudió el hecho con una rara sagacidad y descubrió bien pronto las condiciones necesarias para reproducirlo. Tomando los miembros inferiores de una rana desollada, notaremos los nervios lumbares, los filamentos blancos. Si cojemos estos nervios, los envolvemos en una hoja de estaño y colocamos los muslos en estado de flexión sobre una lámina de cobre, entonces, haciendo tocar el estaño por esta última, los músculos se contraerán al instante y cualquier ligero obstáculo contra el cual se hubiera apoyado la extremidad de las patas, será volcado con bastante fuerza. Tal es la experiencia á la que fué conducido Galvani sin querer, á la que debió el descubrimiento que lleva su nombre: el *galvanismo*, que dió nacimiento, como consecuencia, á la pila de Volta, á la galvanoplastia y á tantas otras aplicaciones de la electricidad.

La observación del físico de Boloña fué acogida con un inmenso estallido de risa con excepción de algunos sabios serios que le prestaron la atención que merecía, y el pobre inventor quedó sumamente entristecido. «Soy atacado, escribía en 1792, por dos sectas bien opuestas, la de los sabios y la de los ignorantes. Unos y otros se rien de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; sin embargo, yo sé que he descubierto una de las fuerzas de la naturaleza».

¿Hacia la misma época, el magnetismo humano no había sido absolutamente negado en París, por la Academia de Ciencias y por la Facultad de Medicina? Se esperaba, para creer en él, (¡y todavía!), que Julio Cloquet operase de un cáncer en el seno, sin dolor, á una mujer previamente magnetizada (1).

(1) Se puede leer y ver la relación oficial escrita sobre esta notable operación quirúrgica hecha el 12 de Abril de 1829.

Es lo mismo que había sucedido con el descubrimiento de la circulación de la sangre: ¿Guy-Patin y la Facultad no hirieron á Harvey con sus sarcasmos?

He conocido en Turin, hácia 1873, á un descendiente muy pobre del marqués de Jouffroy mi compatriota del Alto Marne, el inventor de los barcos á vapor en 1776. Se sabe que este ingenioso investigador había agotado todos sus recursos para demostrar la posibilidad de aplicar el vapor á la navegación. Un primer barco había navegado sobre el Doubs, en Baume-les-Dames, y otro remontado el Sena, en Lion, hasta la isla Barbe, cuando Jouffroy quiso fundar una compañía para la explotación del invento; pero necesitaba un privilegio. Sometida la cuestión por el Gobierno á la Academia de Ciencias, esta, bajo la inspiración de Perier (el autor de la bomba á fuego de Chaillot), respondió con una opinión desfavorable. Por otra parte, todo el mundo abrumaba con el peso de sus burlas al pobre marqués por su pretensión de querer poner de acuerdo al fuego y al agua, saludándolo con el apodo de «Jouffroy la Bomba» y el desdichado inventor concluyó por descorazonarse; emigró enseguida bajo la Revolución para volver á Francia durante el Consulado y constatar que Fulton, á su turno, ne había sido más feliz con el primer Consul que lo que él lo fuera con el antiguo régimen. Fulton no logró tampoco convencer á la Inglaterra en 1804, y no fué sinó en 1807 que el primer barco á vapor pudo ser lanzado victoriosamente sobre el Hudson, en su propia patria, que concluyó por tributarle una justicia algo tardía.

Casi todos los inventores se han encontrado en parecida situación. Otro de mis compatriotas del Alto Marne, Felipe Lebon, que inventó el alumbrado á gas en 1797, murió en 1804, el día de la ceremonia de la coronación del emperador (asesinado, según se dice, en los Campos Elíseos en París), sin haber visto á su país adoptar su pensamiento. ¡Se objetaba, especialmente, que una lámpara sin mecha no podía arder! El alumbrado á gas fué aplicado en 1805, por la Inglaterra, en Birmingham; en 1813 en Londres, y en 1818 en París.

Cuando se crearon los caminos de hierro, algunos ingenieros demostraron que los trenes no marcharían, pues las ruedas de las locomotoras girarían siempre sobre el mismo sitio, y en la Cámara de Diputados, en 1838, Arago templó el ardor de los partidarios de la nueva invención hablando de la inercia de la materia, de la tenacidad de los metales y de la resistencia del aire. «Las velocidades, decía, serán grandes, muy grandes, pero no tanto como se supone. No nos entusiasmemos con las palabras. Se habla del acrecentamiento del tránsito. Pues bien, en 1836 el monto total de los gastos de trán-

sito, en Francia, ha sido de 2.803,000 francos, y si todos los caminos de hierro fueran ejecutados, si todo el tránsito se efectuase por rieles y locomotoras, los 2.803.000 francos se reducirían á 1.052,000, lo que daría, por año, una disminución de 1.751,000 francos. El país perdería pues, alrededor de las dos terceras partes del gasto total del transporte por carretas. Desconfiemos de la imaginación, de esa loca de la casa. Dos varillas de hierro paralelas no darán una faz nueva á las landas de Gascuña». ¡Y todo el discurso continuó en ese tono! Se vé que, cuando se trata de ideas nuevas, los más grandes espíritus pueden engañarse.

M. Thiers decía: «Admito que los caminos de hierro presentarán algunas ventajas para el transporte de los viajeros, si el uso es limitado á algunas líneas muy cortas que terminen en grandes ciudades como París. No es necesario grandes líneas.»

Y á su vez, M. Proudhon exclamaba: «Es una opinión banal y ridícula pretender que los caminos de hierro puedan servir para la circulación de las ideas.»

En Baviera, consultado el Colegio Real de Medicina declaró que los caminos de hierro causarían, si se realizasen, el mayor de los males á la salud pública, porque un movimiento tan rápido provocaría conmociones cerebrales entre los viajeros y vértigos en el público exterior, recomendando, en todo caso, encerrar las vías entre dos tabiques á la altura de los wagones.

Cuando apareció la proposición de establecer un cable sub-marino entre la Europa y la América, en 1853, una de nuestras grandes autoridades en física, Babinet, miembro del Instituto, y examinador en la Escuela Politécnica, escribió en la *Revue des Deux Mondes*: «No puedo mirar estas ideas como serias; la teoría de las corrientes podría dar pruebas sin réplica de la IMPOSIBILIDAD de tal transmisión, aún cuando no se tuviera cuenta de las corrientes que se establecen por sí mismas en un largo hilo eléctrico y que son muy sensibles en el pequeño trayecto de Louvres á Calais. El único medio de unir el antiguo mundo al nuevo, es franquear el estrecho de Behring, á menos de pasar por las islas Féroë, la Islandia, la Groenlandia y el Labrador.» (!!)

El geólogo Elías de Beaumont, secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, muerto en 1874, no ha cesado en toda su vida de negar al hombre fósil, sin saber nada de positivo sobre ese punto. Mi laborioso amigo, Emilio Rivière, ha descubierto en 1872, al hombre en una gruta cerca de Menton, y lo ha hecho transportar al Museo de París donde cualquiera puede verlo! Apesar de ello, á duras penas hoy se

dignan admitirlo, y M. Riviére todavía no ha sido condecorado. (Dios sabe, sin embargo, cuanto hay, como contraste, de mediocridades que lo son!).

En Inglaterra, la Sociedad Real ha rehusado en 1841 la inserción de la más importante memoria del célebre Joule, fundador con Mayer de la termodinámica; y Tomás Young, fundador con Fresnel de la teoría ondulatoria de la luz, ha sido ridiculizado por Brougham.

Por otra parte, en Alemania, viendo Mayer el burlon excepticismo con el cual era acogido su descubrimiento por los sabios oficiales, se puso á dudar de sí mismo y concluyó por arrojarle por la ventana! Un poco más tarde, las academias le tendían los brazos. El gran electricista Ohm ha sido tratado de loco por sus compatriotas alemanes.

¡Cómo no acordarnos de lo que sucedió cuando la invención de los anteojos de larga vista! Los senadores de los Países Bajos rehusaron acordarle privilegio «porque no se miraba por ellos sinó con un ojo», y medio siglo más tarde, el eminente astrónomo Hevélius rehusó adaptar vidrios á sus instrumentos para su Catálogo de estrellas, porque suponía que perjudicarían á la precisión de las determinaciones de posición.

Estos ejemplos podrían ser continuados hasta el fin del mundo. pero bastan para edificarnos sobre uno de los aspectos del espíritu humano, sobre un carácter no despreciable en nuestra investigación de la verdad.

Un amigo de treinta años de afectuosa unión y de dulce vecindad intelectual, Eugenio Nus, dedicó una de sus obras, *Cosas del otro mundo*.

A los manes de los sabios,
Privilegiados, patentados,
Laureados, condecorados y enterrados,
Que han rechazado
La rotación de la tierra,
Los meteoritos,
El galvanismo,
La circulación de la sangre,
La vacuna,
La ondulación de la luz,
El pararrayos,
El daguerreotipo,
El vapor,
La hélice,
Los paquebóts.

Los caminos de hierro,
El alumbrado à gas,
El magnetismo,
Y el resto,
A aquellos, vivos y por nacer, que hacen lo mismo
En el presente,
Y harán lo mismo en el porvenir.

Encontraría muy irreverente imitarlo, y me guardaré muy bien de escribir una dedicatoria semejante; pero la recuerdo, sin embargo, porque ella tiene su valor filosófico, y añadiré con un historiador de esos fenómenos, que esos retardatarios, que se encuentran por todas partes, en las ciencias, en las artes, en la industria, en la política, en la administración, etc., tienen su utilidad: «Convertidos al estado de límites, jalonan el camino del progreso.»

Augusto Comte y Littré parece que hubieran trazado á la ciencia su vía definitiva, su vía «positiva». No admitir sinó lo que se vé, lo que se toca, lo que se oye, lo que cae bajo el testimonio directo de los sentidos, y no tratar de conocer lo inconosible: es esta la regla de conducta de la ciencia desde hace medio siglo.

Pero, analizando los testimonios de nuestros sentidos, se encuentra que éstos nos engañan completamente. Vemos el sol, la luna y las estrellas girar alrededor de nosotros y esto es falso. Sentimos la Tierra inmóvil; falso también. Vemos al sol levantarse encima del horizonte, y está debajo. Tocamos cuerpos sólidos, y no hay nada de ello. Oímos armoniosos sonidos, y el aire no transporta sinó ondulaciones silenciosas en sí mismas. Admiramos los efectos de la luz y de los colores que hacen vivir á nuestros ojos el espléndido espectáculo de la naturaleza; y en el hecho, no hay ni luz, ni colores, sinó solamente movimientos etéreos oscuros que, hiriendo nuestro nervio óptico, nos dan las sensaciones luminosas. Nos quemamos el pié en el fuego, y es en nuestro cerebro solo que reside la sensación de la quemadura. Hablamos del calor y del frío, y no hay en el Universo ni calor ni frío, sinó únicamente movimiento. Así, pues, nuestros sentidos nos engañan sobre la realidad. Sensación y realidad son dos cosas.

Pero, no es esto todo. Nuestros cinco pobres sentidos son, además, insuficientes, desde que no nos hacen sentir más que un pequeño número de los movimientos que constituyen la vida del Universo. Para dar de ello una idea, repetiré aquí lo que escribí en *Lumen*, hace un tercio de siglo: «Desde la última sensación acústica percibida por nuestro oído, debida á 36.850 vibraciones por segundo,

hasta la primera sensación óptica percibida por nuestro ojo, debida á 400.000.000.000.000 de vibraciones en la misma unidad de tiempo, nada podemos percibir. Allí hay un enorme intervalo con el cual ningún sentido nos pone en relación. Si tuviesemos otras cuerdas en nuestra lira, diez, cien, mil, la armonía de la naturaleza se traduciría más completamente haciéndolas entrar en vibración.» Por una parte, nuestros sentidos nos engañan; por la otra, su testimonio es verdaderamente incompleto. No hay, pues, razón para estar tan orgullosos y sentar como principio una pretendida filosofía positiva.

Sin duda, es preciso servirnos de lo que tenemos. La fé religiosa dice á la razón: «Amiguíta, tú no tienes sinó una linterna para guiarte, sóplala y déjate conducir por mí». No es esta nuestra opinión. No tenemos, efectivamente, más que una linterna, y aún bastante mala; pero, apagarla sería el colmo de la ceguedad. Reconocemos, al contrario, en principio, que la razón, ó, si se quiere, el razonamiento, debe siempre y en todas las cosas ser nuestro guía, pero no circunscribimos la ciencia á un círculo tan estrecho. Augusto Comte, fundador de la escuela moderna y uno de los espíritus más adelantados de nuestro siglo, limita la esfera de la astronomía á lo que se sabía en su tiempo, y dice:

«Concebimos la posibilidad de estudiar la forma de los astros, sus distancias, sus movimientos, mientras que no sabremos estudiar jamás, por ningún medio, su composición química.» El célebre filósofo murió en 1857, y cinco años más tarde, el análisis espectral hacía conocer precisamente la composición química de los astros y clasificaba las estrellas según el orden de su naturaleza química.

Esta afirmación es igual á la de los astrónomos del siglo XVII respecto de que *no puede* existir sinó siete planetas.

Lo desconocido de ayer es la verdad de mañana.

Sin embargo, incurriríamos en un error suponiendo que los sabios (ciertos sabios) sean únicamente los responsables de tales actos de inercia. La mayoría de la humanidad se encuentra en el mismo caso, y los reproches que se pueden dirigir á los hombres cuyo espíritu está cerrado á las concepciones nuevas—á esos seres que, como Napoleón, por ejemplo (al cual la invención del vapor hubiera asegurado la ruina de su más poderoso enemigo, la Inglaterra)—se aplican, por así decir, á todo el mundo. Un hombre puede ser muy superior en ciertas facultades y muy inferior en otras, y los ejemplos lamentables que he dado no hacen, por esa razón, el proceso de los sabios en particular y menos aún el de la ciencia. Descartáramos, sólo, no

ver caer en la común impotencia del vulgo á los espíritus distinguidos, y es á causa de la estimación que nos inspiran que hacemos notar sus debilidades.

También es justo recordar que hay una excusa á esas obstrucciones, á esas resistencias, y es que, en general, no se tiene la seguridad de la realidad, ni del valor de las cosas nuevas. Los primeros barcos á vapor andaban mal y no valían lo que los barcos de vela; los primeros picos de gas alumbraban poco y producían mala impresión; la Tierra, parece en realidad fija y estable; el aire y el agua, nos hacen todo el efecto de elementos; no parece natural que caigan piedras del cielo; las primeras manifestaciones de la electricidad eran incoherentes, y los caminos de fierro trastornaban todo.

Además, los hechos nuevos, poco conocidos, inexplicados, son siempre vagos, embrollados, de un análisis difícil, mal servidos por aquellos que los presentan. ¡Cuántas dificultades no ha tenido que atravesar el magnetismo humano antes de llegar al estado de experimentación científica en que, bajo diferentes nombres, hoy se encuentra! ¡Y cuánto no ha sido explotado por los charlatanes que se aprovechan de la credulidad pública! En los fenómenos magnéticos, como en los del espiritismo, se registran infinidad de fraudes, de supercherías, de infames mentiras, sin contar á las personas estúpidas que se valen de trampas, «para divertirse.» ¡De qué maravillosos juegos de mano no son capaces los prestidigitadores! Hay, pues, bastantes motivos para excusar, en parte, á los hombres de ciencia.

El reciente descubrimiento de los rayos Röntgen, tan increíble y extraño, debería iluminarnos sobre la exígua pequeñez del campo de nuestras observaciones habituales. ¡Ver á través de los objetos opacos! en el interior de un cofre cerrado! distinguir el esqueleto de un brazo, de una pierna, de un cuerpo á través de la carne y de los vestidos! Tal descubrimiento es, sin contradicción, completamente contrario á nuestras acostumbradas certidumbres. Este ejemplo es, con seguridad, uno de los más elocuentes en favor de este axioma: es anticientífico afirmar que las realidades se detienen en el límite de nuestros conocimientos y de nuestras observaciones.

¡Y el teléfono, que trasmite la palabra, no por ondas sonoras, sinó por un movimiento eléctrico! Si pudiéramos hablar por medio de un tubo entre París y Marsella, nuestra voz emplearía tres minutos y medio para llegar á su destino, y sucedería lo mismo con la de nuestro correspondiente, de manera que la respuesta á una palabra lanzada: «¡Ola, ola!» no nos llegaría sinó al cabo de siete minutos. Aunque no se piense en ello, el teléfono es tan absurdo como los rayos X

En el quinto grado después de la unidad, con 32 vibraciones por segundo, entramos en la región en que la vibración de la atmósfera nos es revelada bajo la forma de *sonido*. Enecontramos allí la nota musical más baja. Si entre los sonidos musicales se escoje uno muy grave, por ejemplo la octava inferior del órgano, nos aperecibimos que las sensaciones elementarias, aunque formando un todo continuo, lo que es necesario para que el sonido sea musical, permanecen sin embargo distintas allí hasta un cierto grado. Cuanto más bajo es el sonido, dice Helmholtz, mejor distingue en él el oído las pulsaciones sucesivas del aire.

En los diez grados siguientes, las vibraciones por segundo se elevan de 32 á 32.768; cada doblamiento reproduce la misma nota, en la octava superior. El diapasón normal que dá el *la* vibra 435 veces por segundo, ó sea 870 vibraciones dobles. El sonido más agudo se encuentra hacia las 36.000 vibraciones, y allá se detiene la región del sonido para un oído humano ordinario; pero, probablemente, ciertos animales mejor dotados que nosotros oyen sonidos demasiado agudos para nuestros órganos, es decir, sonidos cuya velocidad de vibraciones excede este límite.

En seguida llegamos á una región donde la velocidad de las vibraciones aumenta rápidamente, y donde el medio vibrante no es ya la grosera atmósfera, sinó otro infinitamente sutil, «un aire más divino», llamado éter. Hay allí vibraciones de orden desconocido. Más lejos aún penetramos en la esfera de los rayos *eléctricos*.

Después de ella viene la región que se extiende del 35 al 45 grado, de 34 millares 359 millones á 35 trillones 184 millares de vibraciones por segundo, la que nos es *desconocida*: ignoramos las funciones de tales vibraciones, pero que ellas existen y obran en el universo, es difícil no admitirlo.

De allí nos aproximamos á la región de la luz, cuyas velocidades están comprendidas entre los órdenes 48 y 57. La sensación de *luz*, es decir, las vibraciones que transmiten los signos visibles, está comprendida entre los estrechos límites de 400 trillones poco más ó menos (luz roja) y 756 trillones (luz violeta), lo que hace menos de un grado.

Los fenómenos de la naturaleza que se producen constantemente á nuestro alrededor, se cumplen bajo la acción de fuerzas invisibles. El calor es invisible; la electricidad lo es también, y lo son los rayos químicos. El espectro solar, que representa el conjunto de los rayos luminosos sensibles á la retina humana, los rayos visibles, es hoy conocido de todo el mundo. Si se hace pasar un rayo de sol

á través de un prisma, se obtiene, á la salida de éste, una cinta coloreada que se extiende desde el rojo hasta el violeta. Un gran número de rayas le atraviesan, indicadas las principales por las letras A á H; son líneas de absorción producidas por las substancias que arden en la atmósfera solar y por el vapor de agua de la atmósfera terrestre. Hoy día se conoce millares de ellas. Si se pasa un termómetro á la izquierda del espectro visible, más allá del rojo, se le vé elevarse y se constata que hay rayos caloríficos invisibles para nosotros, y si se coloca una placa fotográfica á la derecha del espectro, más allá del violeta, se la vé impresionarse y se constata la presencia de rayos químicos muy activos, invisibles también para nosotros. Observación importante: cuerpos invisibles pueden hacerse visibles; así el uranium y el sulfato de quinina, se hacen visibles en la obscuridad bajo las radiaciones ultra-violetas.

Todos estos rayos son hoy definidos por la longitud de la onda. Aunque las longitudes de onda de las radiaciones sean de una extrema pequeñez, se consiguen, gracias al empleo de redes de difracción, determinarlas con una gran precisión. Hélas aquí:

(La unidad empleada es la diez-millonésima de milímetro).

ESPECTRO SOLAR VISIBLE		
Color,	Largo de la onda,	Vibraciones por segundo en millones.
Rojo extremo	734	400
Límite del rojo y del anaranjado.....	647	490
" " anaranjado y del amarillo....	587	558
" " amarillo y del verde.....	535	590
" " verde y del azul.....	492	596
" " azul y del indigo.....	456	675
" " indigo y del violeta.....	424	700
Violeta extremo.....	397	756

Parte infra-roja invisible, calorífica. Longitud de onda: de 1940 á 734.

Parte ultra-violeta invisible, química. Longitud de onda: de 397 á 295.

El primero de estos dos espectros invisibles ha sido determinado con una gran precisión por el astrónomo americano Langley con la ayuda del aparato llamado bolómetro. (1) Es en esta invisible región que se ejerce la mayor parte de la energía solar. La parte de ese espectro ya explorada es 16 veces más extensa que el espectro visible.

Por otra parte, el físico francés Edmundo Becquerel, ha fotogra-

(1) Véase *Bulletin de la Société Astronomique de France*, año 1880, página 110, y año 1881, pág. 207.

fiado desde hace largo tiempo el espectro químico, ⁽¹⁾ cuyo estudio ha sido continuado después y ha demostrado que dicho espectro es dos veces más extenso que el visible.

Dejando la región del espectro solar estudiado, llegamos á lo que es para nuestros sentidos y medios de investigación otra *región desconocida* y á funciones que apenas empezamos á suponer, siendo verosímil que se encontrarán los rayos Roentgen entre el 58 y el 61 grado, allí donde las vibraciones van de 288.230.376.151.711.744 á 2.305.843.009.213.693.952 por segundo y aún más.

Se vé que, en esta serie, hay muchas grandes lagunas ó regiones desconocidas sobre las cuales absolutamente nada sabemos. ¿Quién podría decirnos que esas vibraciones no juegan un importante rol en la economía general del Universo?

En fin, ¿no existen vibraciones más rápidas aún que aquellas donde es detenida la precedente serie?

Vivimos en un espacio de tres dimensiones. Seres que viviesen en uno de dos, en la superficie de un círculo, por ejemplo, en un plano, no conocerían sinó la geometría de dos dimensiones, no podrían pasar por encima de la línea que limita un círculo ó un cuadrado, serían aprisionados por una circunferencia, sin posibilidad de salir de allí. Dadles una tercera dimensión, con la facultad de moverse en ella: pasarán entonces simplemente por encima de la línea, sin romperla, y aún sin tocarla. Las seis superficies de una pieza cerrada (cuatro paredes, techo y piso) nos aprisionan; pero supongamos una cuarta dimensión y dotémosnos de la facultad de vivir allí: saldríamos de nuestra prisión con tanta facilidad como pasa un hombre encima de una línea trazada sobre el suelo. No podemos concebir este hiperespacio (n^4), como no podría concebir el espacio cúbico (n^3) un ser construido para moverse únicamente en un plano (n^2); pero no estamos por ello autorizados para declarar que él no existe.

Hay en la misma vida terrestre ciertas facultades inexplicadas para el hombre, ciertos sentidos ignorados. ¿Cómo encuentran sus nidos la paloma viajera y la golondrina? ¿Cómo el perro vuelve á su casa, á muchas centenas de kilómetros de distancia, por un camino que jamás ha recorrido? ¿Cómo la vívora hace descender un pájaro á su boca y cómo el lagarto atrae hácia sí á la mariposa fascinada? etc. Ya he mostrado en otra parte que los habitantes de los otros mundos deben estar dotados de sentidos diferentes de los nuestros.

(1) Véase *La Lumière*, Paris, 1898, tomo I, pág. 121.

El conocimiento está al servicio. Todos los hechos físicos son de
 ellos, no simplemente imposibles o desconocidos.

Reservados ciertos límites, pues, la ser muy limitadas en
 nuestra opinión. La duda es una prueba de modestia de una
 en largo, y momento oportuno a los progresos de las ciencias,
 Noa prohibido *quodcumque* de la ignorancia.

Hay todavía un gran número de hechos desconocidos que pertenecen al dominio de la desconocida. La telepatía, o sensación a distancia, las aperturas o manifestaciones de los fenómenos, la transmisión de pensamiento, la vida en vacíos, el sembramiento en el vacío de los ojos, de plantas, animales o monumentos, la presciencia y premonición de un acontecimiento próximo, la previsión del porvenir, los vicios, los presentimientos, algunos casos negativos de ensucillamiento, los deseos inconscientes por golpes dados en la mesa, otros ciertos fenómenos, algunas habilitaciones de la mente humana, hechos como contratos a las leyes de la pesantez, movimientos y transportes de objetos sin contacto, efectos semejantes a materialización de formas (lo que parece absurdo), las manifestaciones que ocurren a veces de átomos desconocidos o de espíritus de todo orden, y muchos otros fenómenos extraños y actualmente inexplicables merecen nuestra curiosidad y nuestra atención científica. Tenemos bien presentados por otra parte, que todo lo que podemos observar y estudiar es natural, y que debemos examinar todo lo hecho tranquilo y conscientemente sin preocupación de mismo, sin ambición y sin interés, como cuando se trata de astronomía, de física o de historia. Todo está en la naturaleza, lo desconocido como lo conocido, y lo sobrenatural no existe. Es esta una palabra vacía de sentido. Los eclipses, los cometas, las estrellas transitorias, eran miradas como sobrenaturales, como signos de la colera divina, antes que se conociese sus leyes. Generalmente se llama natural lo que es usual, ordinario, extraordinario, inexplicable, lo que simplemente debiéramos denominar desconocido.

Aquellos que dicen: «Dudar en esas imposibilidades, jamás no creo sino en las leyes de la naturaleza, y esas leyes, son conocidas» se asemejan a los antiguos geógrafos que con toda confianza escribían sobre sus mapas-mundos, en las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar): *hic pariter orbis, aequi terminat el mundo*, sin sospechar que en ese espacio occidental, desconocido y vacío, había dos veces más tierras que las que ellos conocían.

Todos nuestros conocimientos humanos podrían ser representa-

y otros sujetos análogos, sobre la experiencia personal y las pruebas directas, nadie procuraba tratar seriamente la cuestión. A la izquierda de la dueña de la casa se encontraba sentado un señor que escuchaba á todos, silenciosamente; no tenía el aire de un hombre capaz de dejarse engañar fácilmente por las narraciones de viajeros; su actitud era tranquila y reposada, y su manera de hablar era lenta y por ello poco agradable. Era un arqueólogo que había recorrido una gran parte del mundo. Cuando tomó la palabra todos los convidados callaron, en señal de respecto, suponiendo de antemano que iban á escuchar alguna cosa interesante.

«¿Os será tal vez agradable, dijo, escuchar una historia en la cual he tenido un rol que jugar?. Es uno de mis recuerdos mas antiguos de Australia, pues remonta á los primeros años de la colonia. En esa época, yo intervenía como magistrado en Sydney y los que quisieran verificar mis afirmaciones, las encontrarán consignadas en los archivos de los primeros asuntos que fueron sometidos, en aquél entonces, al tribunal.

«Dos emigrantes, acompañados de sus familias, habían dejado la Gran Bretaña para ir á Australia donde concluyeron por establecerse, cada uno en su concesión, en plena campaña, á cuarenta millas proximamente de Sydney. Se encontraban una milla distantes uno de otro y el mismo camino conducía respectivamente á sus granjas. En aquella época se había desmontado muy poco el suelo, el bosque y la maleza se extendían casi hasta las mismas habitaciones y el país era salvaje y habitado por un pequeño número de ingleses. John Stevenson, el propietario de la granja más lejana, tenía mujer é hijos, lo mismo que Roberto Quin, su compañero; pero el número de personas que componían ambas familias poco importa para el caso.»

«Después de un cierto lapso de tiempo, Stevenson se vió obligado á regresar á su país natal, porque sus padres acababan de morir, encontrándose por esa razón inmiscuido en diversos asuntos que lo mantuvieron un año ausente de la colonia. Entónces no existían correos rápidos, así es que Stevenson partió y volvió sin haber tenido, ni una sola vez, noticias de aquellos á quienes dejara al marcharse. Por fin llegó de nuevo á verse sano y salvo sobre el suelo de Australia y se dirigió sin perder un instante hácia su casa».

«Como he dicho, el camino pasaba delante del terreno de Quin el cual se encontraba en el extremo de un pequeño sendero á pequeña distancia de aquél. Llegado que hubo á ese sitio Stevenson detuvo sus caballos y entregó las riendas al hombre que lo acompañaba, diciéndole que lo esperara un instante pues tenía que decir al pasar al-

gunas palabras á su amigo. La tarde era deliciosa y el retardo no podía tener importancia alguna. Apenas hacía algunos minutos que Stevenson se encontraba ausente cuando regresó agitado y descompuesto por lo que le acaba de pasar. Según dijo á su compañero, había seguido el sendero, y llegado al final de este vió, como de costumbre, á Roberto Quin que se balanceaba, sentado sobre la barrera fumando su pipa, tal cual le gustaba hacerlo después del trabajo del día; pero, en vez de acercarse á su amigo cuando lo vió llegar, había, por el contrario, saltado la barrera para el lado de la granja y dirigiéndose á su casa. Stevenson lo llamó, apresurando el paso, pero al aproximarse un poco quedó lleno de sorpresa á la vista del traje que Quin llevaba. Era todo de un amarillo brillante y, cosa más extraña todavía, no solo el vestido tenía ese color sino que el hombre también; al menos fué la impresión que recibió Stevenson. ¿Que había sucedido? ¿Qué desgracia se había abatido sobre su amigo? El lugar mismo parecía desierto. Caminando cada vez mas ligero, Stevenson llamó á gritos á su antiguo compañero, pero entonces este, sin volver siquiera la cara, se lanzó corriendo hasta una empalizada que separaba la tierra cultivada del matorral, la franqueó y se perdió en la espesura. Era ya demasiado tarde para seguirle, la noche se acercaba y el viajero tuvo que volver á tomar su carro, intrigado y ansioso. No podía conformarse con la idea de perder á su mejor amigo.»

«En medio de la alegría del regreso y de un diluvio de preguntas de los miembros de su familia, olvidó momentáneamente el incidente ocurrido y no fué sino más tarde, durante la velada, que dirigiéndose á estos dijo:

«¿Qué le ha sucedido á Bob Quin? ¿Ha tenido algún disgusto? ¡No ha querido ni mirarme, ni hablarme cuando he pasado cerca de él!»

«Su mujer lo miró con un aire interrogador y de asombro.»

«¿Bob? ¿Bob Quin? En realidad... es cierto que no has podido saberlo. El pobre Bob fué asesinado casi inmediatamente después de tu partida.»

«¡Bob Quin asesinado! Pero, ¡es ridículo! Yo le he visto esta tarde, lo he hablado, á él mismo, vivo, en carne y hueso. No tenía absolutamente ningún aire extraño, te lo afirmo. Que esté algo desorganizado, puede ser, pero que haya sido asesinado, nó; y apostó cualquier cosa.»

«Hubo entonces un cambio de preguntas, de respuestas y de conjeturas. Si, Bob había sido asesinado; al menos es lo que se creía, pero no se había podido descubrir al asesino, no se había encontrado ningún rastro de su cuerpo y hasta se ignoraba como había ocur-

cillo el hecho. El asunto era ya viejo, no se hablaba más de él y la familia había abandonado la granja».

«Stevenson alejó con impaciencia todas esas suposiciones y todas esas probabilidades. Había visto á su amigo, se había encontrado á algunos metros de distancia de él; ¿á qué, pues, venirle á hablar de asesinato cuando tenía la seguridad de haber tenido á Bob vivo, en su presencia? Era preciso descifrar ese misterio sin perder un instante, y así fué, que á la mañana siguiente volvió á Sydney, decidido á desenvolver completamente ese inexplicable enredo».

El narrador se detuvo un momento. Había seguido su historia con una tranquila precisión, sin adornarla, sin tratar de producir efectos. La comida seguía su curso, y los sirvientes, prestando un oído atento á lo que se hablaba, desempeñaban su servicio afectando una indiferencia de buen tono. Por el contrario, los convidados, que no tenían ningún motivo para ocultar el interés que tomaban en la narración, habían dejado caer sus cubiertos para escuchar mejor. H. continuó con su mismo tono tranquilo:

«Fué en esa ocasión que ví á Stevenson por la primera vez. Me encontraba con dos colegas en mi despacho, cuando aquél se presentó ante el Tribunal. Estaba excitado é irritable. Los habitantes de Sidney habían acojido con burlas su cuento, y á la verdad que no era creíble, á primera vista, que un hombre bien conocido, que había desaparecido desde hacía largos meses y á quien vanamente se había buscado por todas partes, se mostrase de pronto bajo el extraordinario aspecto que describía Stevenson y hubiese rehusado cambiar una sola palabra con un viejo amigo, del que, sin embargo, había llegado á encontrarse al alcance de la voz. Nosotros mismos estuvimos tentados de tratar ligeramente el asunto, añadió H., pero el individuo era presa de una violenta emoción. Juró que no tomaría reposo alguno antes de haber encontrado á Quin, muerto ó vivo, y añadió que había ido á buscarnos á fin de que le pusiésemos en condiciones de proseguir su pesquisa. Todo cuanto nos pidió fué que pusieramos á su disposición tres ó cuatro indígenas, convencido de su éxito desde que los hubiera dirigido sobre las huellas de Quin. Como no teníamos otro medio de desembarazarnos de él, acordamos su pedido».

«No le acompañé en la campaña, pero el resultado que obtuvo fué bastante sorprendente como para hacer ruido y, como para hacer que se hablase mucho en la colonia. Seguido de su grupo de indígenas, volvió lo más pronto que le fué posible á la granja de Quin donde indicó á sus hombres la pista que debían seguir. Les mostró

la barrera, la empalizada por encima de la cual aquél salió, y en fin, el matorral en que había desaparecido; siendo la empalizada el sitio en el que hicieron el primer descubrimiento. Buscaban cuidadosamente un indicio cualquiera, cuando apercibieron un mechón de cabellos humanos enganchado en el cerco: ¡Estos son cabellos de hombre blanco!, dijeron los indígenas, y entusiasmados por ese éxito, se metieron en la espesura del matorral. Después de haber andado una centena de metros, encontraron un arroyo que formaba en ese paraje, un charco profundo, alrededor del cual había una cortina de acacias cuyas ramas caían sobre la superficie del agua. Los negros se dirijieron inmediatamente hácia el pantano en el cual metieron sus manos probando en seguida detenidamente el agua: ¡El hombre blanco está aquí, declararon con solemnidad!

«Continuada la pesquisa sin perder un instante, se dragó el charco inmediatamente. Los indígenas tenían razón: allí estaba el hombre blanco».

«Me queda que agregar lo que hay de más extraño en esta historia. Cuando el cadáver fué llevado á la superficie, se vió que, no solamente el cuerpo mismo, sino también los vestidos, estaban teñidos de un amarillo brillante. Las acacias eran la causa de ello y, durante los largos meses que habían corrido desde el asesinato, habían tenido tiempo de operar la transformación. Al mismo tiempo que el cuerpo, se recojió un cuchillo; una arma española curiosa cuya hoja era retorcida, descubrimiento que trajo como consecuencia el arresto del asesino quien fué entregado á la justicia y tres meses más tarde ahorcado en la ciudad de Sidney por el asesinato cometido en la persona de Roberto Quin. Yo me encontraba presente y puedo afirmarlo».

H. calló y continuó tranquilamente su comida. pero ninguno de los auditores olvidó la impresión que había producido su narración.

M. E. GREENE.

Sorondo de cualidades sobresalientes para el estudio de los conocimientos teosóficos, ha penetrado con valiente decisión al penumbroso laberinto de teorías en choque y, desentrañando verdades escondidas dentro de las alegorías de la sabiduría oriental, hoy las presenta con la claridad y el brillo que caracterizan su elocuencia. Esas altas condiciones, asociadas á la bondad y dulzura de su carácter, que en la vida práctica conforma en todo con las máximas altruistas de la teosofía, le exhiben ante la consideración general como un vivo ejemplo que edifica y enseña más que todos los textos de moralidad escritos. A más de presidente de la Rama Argentina Luz, es el Sr. Sorondo trabajador abnegado y director fecundo de la revista PHILADELPHIA, importante órgano de la teosofía, que actualmente conquista el honor constante de la reproducción de sus publicaciones.*

Por nuestra parte, cábenos agregar que la apertura de las conferencias de la Rama Luz es un acontecimiento digno de recordación y constancia en los anales del movimiento evolutivo de las ciencias, tanto por el aporte de ideas que representa, cuanto por el estímulo que está llamada á despertar dentro y fuera de la corporación.

Tenemos el placer de anunciar al Sr. Leopoldo Lugones como autor de la próxima conferencia de la Rama Argentina Luz, la que deberá celebrarse en los primeros días del próximo mes.

M. Z. M.

LA CONFERENCIA DEL SR. SORONDO

Aun vibra en nuestro espíritu, con fuerza viva, el acento armonioso del pensamiento filosófico en sus más puras y bellas emisiones, que arraiga en las profundidades del alma sensible á las voces del convencimiento, fundido en las frías de la meditación y el estudio.

El Sr. Sorondo ha erigido un faro luminoso en el inmenso océano de tinieblas dó navega la multitud infeliz, abatida por envolvente oleaje en la furiosa tormenta de la vida.

Luz, un rayo de luz que nos permita percibir los fatales arrecifes que espían traidores nuestra débil barca, una estrella que guíe nuestro rumbo y alumbre y ensanche los horizontes de la esperanza, un oasis de consuelo en el desierto del desengaño, he ahí la esencia del ideal, la honda y eterna aspiración.

Materialismo y espiritualismo es algo..... que suma *todo!* Interpuesto el conferenciante en medio de ellos como el fiel de una balanza, les nivela en su valor propio, indiscutible, les contempla en sus funciones reales, sin defraudación ni apasionamiento y, alzando entre la eterna dualidad un arco de sólida é inalterable alianza, los proclama grandes y divinos como natural emanación de la divina grandeza, entonando al mismo tiempo himnos de adoración á la inmutable ley de armonía que los rige.

No es nuestro ánimo—ni es necesario—examinar la férrea teoría sostenida en esa conferencia, que debe publicarse en PHILADELPHIA, dejando al paladar de los lectores ilustrados el saborear la substanciosa oración allá en el silencioso gabinete de la meditación. Pero, entre tanto, debemos dejar constancia que, estudios de tal naturaleza aprisionan toda nuestra atención y simpatía, ya que ellos aquilatan el mérito del esfuerzo y la consagración á tan árduas cuestiones. Ese bello ejemplo no caerá en el vacío, pues que atrayéndonos con fuerza irresistible á la arena jamás limitada de la investigación, nuevas voces se harán oír en ese mismo recinto para ser transmitidas y propagadas por todas las esferas del escenario intelectual.

Mientras el firmamento en que rueda este insignificante *terron* mundano haga brillar siquiera un astro sobre las obscuridades del camino; mientras resuene en las «bóvedas del templo» el eco del consuelo y la esperanza, la Existencia aún podrá decir: «Tengo razón de ser.»

M. Z. M.